

Fernando Pessoa

TEATRO
COMPLETO



TEATRO

Reservados todos los derechos.
Queda prohibido reproducir
total o parcialmente esta obra
por cualquier medio, sin permiso
previo de esta Editorial.

© Fernando Pessoa

© Traducción:

Alfredo Rodríguez López-Vázquez

© Argitaletxe HIRU, S.L.

para esta edición

Apartado de Correos 184

20280 HONDARRIBIA (Guipúzcoa)

Diseño de la colección: E. Forest.

Depósito Legal NA.: 871-1996

ISBN: 84-87524-85-0

Imprime: Gráficas Lizarra, S.L. (Estella - Navarra)



Este libro ha sido publicado
con una ayuda del
Instituto Camões/Portugal

TEATRO COMPLETO

de

Fernando Pessoa

Prólogo y traducción:

Alfredo Rodríguez López-Vázquez

SAKIAMUNI

Sakiamuni

Cuántas veces, antes de que la verdad tuviera en mí su aurora, yo, ya en el alba de la revelación, cuando el alma presentía en mí la ilusión del mundo, le decía, en mi corazón, al Maestro escondido que se aproximaba: Déjame descansar un momento más a la sombra del árbol del olvido, y bañarme otro poco en las aguas del río de la Apariencia. Suaves son las flores, y son falsas; dulce, en la tarde de cada verano, es el tibio canto de las aves, y apenas si son apariencia. Es cálido tener padre y madre, y esposa e hijos, y todo eso yo sé que no es más, en el Todo Inmanente, que la sombra que el árbol proyecta en el camino, y no el camino ni el árbol, nada más que el viento que pasa y olvida, y no es el aire por donde pasa ni los árboles en los que se mueve, ni las flores cuyo perfume se lleva lejos, entre susurros.

Semicoro

Bodddhisattva, todos son tentados, y al pasar por cada puerta siempre hay algo que intenta hacernos volver la vista. Pero el sabio camina sin mirar al lado, porque a la Derecha está la falsa Verdad, y a la izquierda la Mentira verdadera; una y otra, hijas del lado del Desvío, fruto sombrío del árbol del Anonadamiento.

Los rayos del sol no son el sol, ni el trigo el pan que será. Sin embargo, todo es una sola cosa.

Siete son las puertas de la Iniciación, y todas las puertas son la misma puerta. Siete son los deseos que atan al hombre a la tierra y a la ilusión; siete las liberaciones; siete también las renunciaciones con que el alma se libera. Intenta que la Muerte guarde las puertas de tu Deseo y la Peste caiga sobre las ciudades de tu Ambición. Hijo, las regulares horas miden el tiempo para los hombres, como los deseos y las esperanzas señalan el tiempo para las almas; pero las horas, como los deseos, son frutos del *Árbol de la Muerte*, a la que damos el nombre del *Árbol de la Vida*.

Boddhisattva, quien pasa las siete puertas, ¿cómo no le dolerá dejar tanto amor? La madre que veló nuestra niñez, y el padre al que confiamos nuestros primeros cuidados, el hermano con el que nos sentábamos a la puerta, la hermana que venía a llamarnos al jardín; aquella a la que amamos y fue nuestra esposa, y de quien son hijos nuestros hijos y hermanas las esperanzas que tenemos en su fortaleza y en su sabiduría; nuestros hijos, que son nuestra sombra en la carne, nuestra experiencia hecha *Vida* -todo esto ¿debemos considerarlo como el humo que en el silencio de la tarde deja lentamente los tejados de las casas y se pierde en el aire, como el vuelo de las aves que no vuelven jamás? Tuvimos amigos, a los que les dimos esa mitad del alma que es la confianza, y discípulos, que quisieron recibir de nuestra mano la ciencia, esa limosna que no da orgullo a quien la da, y que no da humildad a quien la recibe. Quisimos que los que en la vida eran nuestros socios fueses felices, que

nuestros allegados nos amaran como a padres, y que los hombres de nuestro país dijeran: él fue entre nosotros como la sombra en el verano y como el hogar en el invierno; así pasó él, quedando en el ejemplo y en nuestro amor. Todo eso, oh Boddhisattva, ¿tan poco valdrá que hayamos de dejarlo de lado, como un peso inútil, o pasar sobre él como sobre un arroyo que atraviesa el camino?

Todo lo que hemos visto somos nosotros, y todo lo que amamos somos nosotros. Tu madre y tu padre eres tú, y tu esposa eres tú, y tú eres tus propios hijos. Lo que deseaste y lo que amaste es el cuerpo de tu deseo, hecho, no de tierra, sino de alma, no del barro de las horas, sino del cieno humilde de los afectos. Si tuviéramos que dejar tan sólo aquello que no amamos, ¿valdríamos algo más, ante lo Invisible, que los animales del campo, que huyen de lo que temen y abandonan lo que no quieren? Mata el deseo, y crucifica el amor, para que al tercer día de la Renuncia suba al cielo y se siente a la derecha de la Primera Encarnación de lo Invisible. Todos los lazos son cadenas, y cárceles todas las casas. Sube, Discípulo, el camino angosto; trata de perderte para que te encuentres, abdica de tí mismo para ser tú; entra en la noche para hallar el día. Todo es lo contrario y la sombra nos rodea. Duerme en la ilusión del Mundo.

A.

Boddhisattva, estás ahora casi al principio y al final del camino (sin fin ni principio). Ya se oyen tus pasos más allá de la Gran Frontera. Pronto, sin tiempo para que sea pronto, tu envoltura sin cuerpo florecerá en la liberación final. Caerá el ropaje espléndido que hace invisible la Personalidad, oh Señor, sobre tus hombros. ¡Bendito